

Habla monseñor Juan de Dios Hernández, obispo auxiliar de La Habana.

“Sólo el cambio interior permite que cambie lo que nos rodea”

Por ANDRÉS RODRÍGUEZ



- La familia es el único patrimonio valioso que hemos heredado y construido. – La Iglesia no debe cansarse jamás de anunciar la vida. – Desde el mundo adulto nos cuesta abrir paso a las generaciones nuevas, que siempre traen las primicias de los cambios. – No podemos mirar a nuestra sociedad como una barca que se hunde y cada uno busca su propio salvavidas. – Tenemos que educar a las familias cubanas en el camino difícil, pero fundamental, de amar.

Conocí al padre Juan de Dios Hernández en los días difíciles del denominado Período Especial. Entonces no era obispo, sino un sacerdote jesuita que dirigía una modesta publicación católica: *Vida Cristiana*. Me había llamado la atención, por su profundidad en medio de la síntesis, un trabajo acerca del papel de los medios de difusión masiva en nuestra sociedad aparecido, precisamente, en la mencionada publicación y, para comentarlo, solicité una conversación con Juan de Dios. ¿Me atendería? Francamente, estaba escéptico.

Sin embargo, el mismo día que formulé la petición, recibí una llamada telefónica en mi hogar. Era la voz del padre Juan de Dios para comunicarme su disposición a recibirme. Así lo pude tratar personalmente y tener con él una larga conversación, que me resultó provechosa, en un momento en que yo era un sincero, pero simple buscador de la Verdad.

Posteriormente, ya en los inicios de este siglo XXI, asistí a una conferencia que, ya como monseñor y obispo auxiliar, Juan de Dios impartió en el aula Fray Bartolomé de las Casas del Convento de San Juan de Letrán, un centro de reflexión y debate muy enriquecedor, pero lamentablemente de escaso eco en nuestra opinión pública. Esa vez lo observé, desde uno de los asientos de dicha aula de los padres dominicos, mientras hablaba acerca de Jesucristo, “ese hombre, esa vida, en torno al cual la historia lleva más de dos milenios girando”.

Ahora que acabamos de celebrar la Semana Santa y, con ella, el triunfo de la vida sobre la muerte mediante la resurrección de Jesucristo, Dios hecho hombre, tengo nuevamente la oportunidad de dialogar con monseñor Juan de Dios, esta vez con la encomienda de entrevistarle para *Amor y Vida* en relación con determinados temas que revisten suma importancia para nuestra sociedad.

-Monseñor –le expresé de entrada en este nuevo encuentro-, hoy día se ciernen sombras que amenazan seriamente la cultura de vida que nos legó el Señor de la Historia, y la familia, por supuesto, no constituye una excepción. ¿Qué puede hacer al respecto la Iglesia teniendo en cuenta su magisterio de más de dos siglos?

- Creemos en el Dios de la Vida. Esa es nuestra fe y es la que acabamos de celebrar en el Misterio Pascual. La vida siempre tiene más fuerza que la muerte y el proyecto de Dios es un proyecto de vida. La Iglesia está llamada a anunciar y a promover la vida, pero también a defenderla donde esté amenazada, porque es el don más precioso que Dios ha confiado a los hombres.

- La familia es el ámbito a través del cual este misterio de la vida se manifiesta de modo particular porque es la natural transmisora de este don. Todos nos enternecemos ante el cuadro de una madre amamantando a su niño recién nacido y no somos capaces de agredir a una criaturita indefensa. Pero en nuestra sociedad de hoy parece imperar el desprecio de la vida, pues se multiplican las formas de negar este don. Como no se puede matar abiertamente a un niño, entonces se le aborta antes de nacer; y se justifica este acto de violencia contra alguien totalmente indefenso alegando que todavía no es una persona, negando su existencia como un ser humano porque aparentemente no está desarrollado todo su potencial en el embrión.

- Cabe preguntarse en qué momento consideran que empieza a ser persona humana, porque cualquier científico comprueba la fuerza de la vida allí presente desde su concepción; pero también vale preguntar con qué derecho se puede decidir sobre alguien que aún tiene que depender en su precaria existencia. Cuando se nos confía este don, como un precioso tesoro a cuidar, quien decide su aniquilamiento lo hace con una terrible responsabilidad moral, aunque haya una legislación que parezca autorizarle lo que no le es lícito, ni ética ni humanamente. No puede haber humanismo que lo justifique ni sistema que se precie de hacer justicia avalando alguna forma de muerte antinatural, provocada. Esto lo enseña la Iglesia y lo proclama en medio de un mundo que quiere hacerse sordo a esta llamada de Dios.



- Muchos otros factores atentan contra la integridad de la familia con lo cual se quiere también justificar su relatividad. Pero a la hora de la verdad, la familia es el único patrimonio valioso que hemos heredado y construido, con el que podemos contar hasta nuestra última hora. Los cubanos lo sabemos bien. Sabemos cuán importante es la familia para la vida, la sociedad, la cultura, y cómo se ve debilitada, resquebrajada, socavada al dejarse influir por ideologías que la

afectan directamente.

- Si perdemos el valor de lo que significa el amor de pareja y la estabilidad de una relación amorosa, estamos haciendo que nuestras familias se desvanezcan en la nada de la relación fugaz. Se banaliza el amor y la sexualidad al punto de que nuestros jóvenes desgastan su capacidad de amar antes de haberla madurado, lo que desestructura a la persona y la desorienta lanzándola confusa y herida a la existencia humana, buscando más saciar sus carencias y contener su vulnerabilidad que conformar un espacio real de relaciones mutuas basadas en el amor sano y duradero. Ese amor que, como dice San Pablo, es capaz de sobrellevarlo todo, y de comprender y aceptar incondicionalmente al otro, ser compasivo, tolerante, fiel, sabiendo perdonar.

- Si no hay capacidad para salir de sí mismo hacia el otro, sino sólo para demandar del otro, ya no hay amor, sino egoísmo, que es el arma más letal para desarticular al ser humano en sí mismo y en su relación con los demás, especialmente en la pareja. Y nuestra sociedad posmoderna acentúa la subjetividad egoísta y menoscaba la generosidad del amor verdadero, que siempre se da a sí mismo.

- La Iglesia es madre y maestra, experta en humanidad, portadora de un mensaje de amor que se ha encarnado en el mismo Jesucristo. Por eso lleva siglos transmitiendo su Palabra, dando testimonio del verdadero camino de la vida. Tiene una palabra de sabiduría que ha conformado nuestra cultura al identificarse con los valores que transmite su Evangelio.

- La familia es uno de estos valores fundamentales, base de la sociedad humana y estructuradora de la persona humana, que la Iglesia eleva a una categoría sagrada por fundarla en el sacramento del matrimonio. La Iglesia no debe cansarse jamás de anunciar la vida, de hacerla presente y manifestarla en todas sus direcciones.

Volvemos a la carga con otro asunto. Esta vez el referido a la creciente emigración de muchos jóvenes cubanos, la cual ha devenido una situación crónica que provoca tanto la división familiar como daños irreversibles en el tejido social y en la labor pastoral de la Iglesia. A esto se suma un hecho inquietante: el significativo número de jóvenes que, aunque permanecen físicamente en nuestro país, tienen la mente puesta en abandonar su suelo natal en busca de oportunidades y de reunirse con sus familiares en el exterior. ¿Qué se puede hacer en ese sentido?

-En la migración influyen muchos elementos. Los jóvenes sueñan el futuro y se saben capaces de construirlo. Desde el mundo adulto nos cuesta abrir paso a las generaciones nuevas, que traen siempre las primicias de los cambios, su novedad. Nos aferramos a estructuras ya concebidas, aunque se encuentren desgastadas, agotadas, fracasadas. Si no les concedemos espacio para generar el tipo de sociedad que anhelan vivir, si no les dejamos lugar para aportar su creatividad, si no les permitimos desarrollar su potencial ni les brindamos reconocimiento a sus esfuerzos, no hay perspectivas para ellos entre nosotros.

- La sociedad debe tener la suficiente flexibilidad para dar cabida a lo nuevo, afrontar los cambios vertiginosos que la historia impone y saber dar respuesta a las inquietudes que esto despierta en el corazón de los jóvenes. Un modelo rígido no es una alternativa viable para las nuevas generaciones del siglo XXI. Sí, además, le sumamos la influencia de la cultura posmoderna del bienestar consumista, que se contrapone a las posibilidades reales económicas, dejamos espacio suficiente para la atracción de otros modelos de sociedad donde aparentemente se accede con más facilidad a este estilo de vida. Pero allí tenemos una palabra que decir desde nuestra fe. No podemos mirar a nuestra sociedad como una barca que se hunde y cada uno busca su propio salvavidas. Somos llamados a que en nuestras decisiones personales aparezca también una responsabilidad social.

- Hemos celebrado un tiempo litúrgico muy rico para reflexionar el valor de nuestras acciones, la dimensión social de nuestra libertad personal. Cómo repercute el pecado dañando más allá del que lo comete y, de igual modo, la gracia se multiplica más allá de quien se hace portador de ella. Muchas de las decisiones se realizan sin discernimiento, sin mirar más allá del interés personal o la fantasía ideal de unas posibilidades diferentes, sin tener en cuenta sus consecuencias. A veces también, atravesados por el miedo, la desilusión o la pérdida de sentido, se busca escapar, soñando forjar mundos nuevos en lugares lejanos. Pero somos llamados al presente, el aquí y el ahora de nuestra realidad, porque el futuro lo construyo en el paso que doy hoy.

- Estamos invitados a la conversión, al cambio interior que permite que cambie lo que nos rodea. También socialmente somos llamados a la conversión, al aquí y ahora de nuestra historia con la que debemos comprometernos, abrazar la propia realidad, amándola para hacerla nueva. La Cuba del futuro tiene que construirse en el hoy y aquí mismo, no desde afuera.

Queda una última pregunta para el Obispo Auxiliar de nuestra arquidiócesis. ¿Cómo llevar la Buena Nueva del Evangelio, misión irrenunciable de la Iglesia, al seno de nuestras familias en medio de las manifestaciones de incertidumbre y desesperanza que se observan en buena parte de ellas?

-Siempre será de la familia la responsabilidad mayor de educar en la fe a las nuevas generaciones. La Iglesia primera que vive cada persona que nace en un hogar cristiano es la Iglesia doméstica, la del ambiente familiar que vive los valores evangélicos; el niño los aprende porque los ve, los palpa, los respira como el modo natural de sentir, pensar, actuar. Luego vendrá el segundo momento, el de incorporarlo a la comunidad cristiana, pero para ello no hay que esperar a que tenga la edad de la primera comunión.

- Al niño hay que llevarlo siempre a la comunidad, a la celebración de la eucaristía, a toda celebración de la fe, porque así va incorporando paulatinamente el mensaje de salvación, va empapándose del contenido de nuestra fe, va adhiriendo su afecto devocionalmente a aquellos signos que nos manifiestan el Misterio; y los va aprehendiendo naturalmente, como parte de su existencia. El proceso de fe se realiza así como parte de su crecimiento y maduración propios.

- Es un desafío pastoral para toda la Iglesia la realidad de nuestras familias que viven alejadas de Dios, de las enseñanzas del Evangelio, de los valores del Reino; o que viven sin compromiso la fe o mediocrementemente la vida cristiana. Muchos de nuestros niños, adolescentes y jóvenes cubanos crecen y viven desorientados, en medio de familias que no les ofrecen un gesto y una palabra adecuados en el momento oportuno. Muchos crecen ya lastimados por actitudes y conductas dañinas en sus familias y en la sociedad, producto de la falta del sentido de la vida y de una escala de valores donde rija lo primordial: el amor.

- No sólo debemos, como Iglesia, anunciar el Amor de Dios y predicar el amor de unos a otros. Debemos enseñar a amar, tenemos que educar para el amor. Esta es nuestra tarea, acompañando de cerca a las familias cubanas en el camino difícil, pero fundamental, de amar.